

UNO

*Charles Mallison*

Yo no había nacido aún, de manera que fue primo Gowan quien estuvo allí, con edad suficiente para ver y recordar y contármelo después a mí cuando ya era lo bastante mayor para entenderlo. Es decir, fue primo Gowan más tío Gavin o quizá tío Gavin más primo Gowan. Primo Gowan tenía trece años. Su abuelo era el hermano del abuelo, de forma que cuando el parentesco llegó hasta nosotros, ni él ni yo sabíamos en qué grado éramos primos. Así que él nos llamaba «primo» o «prima» a todos menos al abuelo, y todos nosotros, excepto el abuelo, hacíamos lo mismo con él, y así nos arreglábamos.

La familia del primo Gowan vivía en Washington, donde su padre trabajaba para el Departamento de Estado, y de repente lo mandaron durante dos años a China o a la India o algún otro sitio así de lejano; su madre también se fue, de manera que enviaron a Gowan a vivir con nosotros y a que fuera al colegio de Jefferson hasta que volvieran. «Nosotros», por entonces, eran el abuelo, padre, madre y el tío Gavin. Así que esto es lo que Gowan supo del asunto hasta que yo nací y crecí lo suficiente para enterarme también. Y cuando hablo de «nosotros» y digo «creímos» me refiero en realidad a Jefferson y a lo que Jefferson pensaba.

Al principio creímos que el depósito de agua era sólo el monumento a Flem Snopes. Estábamos así de poco enterados. Pero más adelante comprendimos que aquel objeto a

poca altura en el cielo por encima de Jefferson, en el Estado de Mississippi, no era un monumento sino una huella.

Un día de verano Flem Snopes entró en la ciudad por el sudeste en una carreta de dos mulas que contenía a su mujer y a su hijita y una reducida cantidad de mobiliario y accesorios domésticos. Al día siguiente se hallaba tras el mostrador de un pequeño restaurante a trasmano que pertenecía a V. K. Ratliff. Bueno, sólo a medias, porque tenía un socio. Ratliff se pasaba la mayor parte del tiempo en una calesa (eso fue antes de que comprara el Ford modelo T) recorriendo el condado con una máquina de coser de cuya marca era representante y con la que hacía demostraciones. Es decir, creíamos que Ratliff era aún el otro socio hasta que vimos al desconocido con el delantal manchado de grasa detrás del mostrador: un individuo rechoncho y nada comunicativo con una diminuta corbata de lazo, ojos opacos y una sorprendente nariz, pequeña y ganchuda, como el pico de un halcón diminuto; una semana después Snopes había instalado una tienda de lona detrás del restaurante y él, su mujer y la niñita vivían allí. Y fue entonces cuando Ratliff le dijo a tío Gavin:

—Déle un poco de tiempo. Déle seis meses y también sacará de ese café a Grover Cleveland (Grover Cleveland Winbush había sido su socio).

Aquél fue el primer verano, el primer Verano de los Snopes, lo llamaba tío Gavin, que estaba en Harvard por entonces, preparando su licenciatura. Después continuaría estudios de derecho en la universidad de Mississippi, dispuesto a convertirse en socio del abuelo, aunque a decir verdad ya pasaba las vacaciones ayudándole en sus tareas como fiscal municipal; apenas había tenido ocasión de ver a la señora Snopes, de manera que no sólo no sabía aún que iría a Alemania para estudiar en la universidad de Heidelberg, sino que ni siquiera estaba enterado de que alguna vez tendría ganas de hacerlo: tan sólo se trataba de una idea agradable que acariciar o utilizar como tema de conversación.

Ratliff y tío Gavin hablaban con frecuencia. Porque si bien Ratliff nunca había estudiado en ningún sitio mucho tiempo seguido y se pasaba la vida recorriendo el condado para vender máquinas de coser (o vender o hacer trueques con cualquier otra cosa, si vamos al caso), tío Gavin y él se

interesaban por la gente..., al menos eso es lo que decía tío Gavin. Porque a mí siempre me pareció que estaban interesados en la curiosidad. Hasta ese momento, quiero decir. Y es que para entonces habían superado con mucho la simple curiosidad. Para entonces estaban ya muy asustados.

Empezamos a saber de Snopes o, más bien, de los Snopes, por medio de Ratliff. Mejor dicho: hubo un Snopes en la unidad del coronel Sartoris en 1864: en el destacamento cuya misión era hacer incursiones en las avanzadillas yanquis en busca de caballos. Sólo que en aquella ocasión fue una patrulla confederada quien le sorprendió —a aquel Snopes— llevándose caballos de la Confederación y, según se creía, lo ahorcó. Lo que, evidentemente, tampoco era cierto, ya que (Ratliff se lo contó a tío Gavin) hacía cosa de diez años Flem y un hombre mayor que parecía ser su padre salieron de repente un día de la nada y alquilaron una pequeña granja al señor Will Varner, que era prácticamente el propietario de todo el término y distrito de Frenchman's Bend, a unos treinta quilómetros de Jefferson. Era una granja pequeña y pobre y ya tan exprimida que únicamente los agricultores más desheredados de la fortuna aceptarían cultivarla, e incluso así sólo para quedarse un año. Sin embargo, Ab y Flem la alquilaron y evidentemente (palabras de Ratliff) él o Flem o ambos juntos lo encontraron...

—¿Encontraron qué? —preguntó tío Gavin.

—No lo sé —dijo Ratliff—. Lo que fuera que tío Billy y Jody habían enterrado allí y creían que estaba a salvo —porque aquel invierno Flem se convirtió en el dependiente del almacén del tío Billy. Y lo que encontraron en aquella granja tuvo que ser algo muy bueno, o quizá muy pronto dejaron de necesitarlo; quizá Flem encontró algo que los Varner creían que estaba escondido y a salvo bajo el mostrador del almacén mismo. Porque al cabo de un año el viejo Ab se mudó a Frenchman's Bend para vivir con su hijo y otro Snopes salió de no se sabe dónde para quedarse en la granja alquilada; y al cabo de dos años más otro Snopes era el herrero oficial de la herrería del señor Varner. De manera que en Frenchman's Bend había tantos Snopes como miembros de la familia Varner; y cinco años más tarde, es decir, el año en que Flem se mudó a Jefferson, había incluso más

Snopes que Varner, ya que una Varner se había casado con un Snopes y estaba dando de mamar a otra Snopes recién nacida.

Porque lo que Flem encontró esa última vez se hallaba en casa del tío Billy. Eula era su única hija y la más joven de todos, y no sólo la belleza local sino la más hermosa de todo el distrito. Y no únicamente en razón de las tierras y el dinero del viejo Will. Porque yo también la vi y sé de qué hablo, aunque fuese ya una persona de cierta edad, casada y con una hija mayor que yo, y yo sólo tuviera once, doce y trece años. («Claro», dijo tío Gavin. «No creas haber sido el primer hombre que, incluso a los doce años, ha pasado momentos amargos por una razón como ella.») Y no es que fuese demasiado grande, heroica; no es que, como suele decirse, fuera demasiado parecida a la diosa Juno. Es sencillamente que había demasiado de todo en ella para que lo pudiera contener y sustentar un solo envoltorio humano del sexo femenino: demasiada blancura, demasiada feminidad, quizá, simplemente, demasiada gloria, no lo sé: pero al verla por primera vez se sentía una especie de estremecimiento de gratitud por el simple hecho de estar vivo y de ser varón coincidiendo con ella en el tiempo y en el espacio, y a continuación, en el instante siguiente, y después para siempre una especie de desesperación al descubrir que nunca habría bastante de un solo varón para igualarla, retenerla y merecerla; amargura para siempre, porque nunca nada menos perfecto resultaría aceptable.

Eso fue lo que Flem encontró esta vez. Una mañana, según Ratliff, Frenchman's Bend supo que la noche anterior Flem Snopes y Eula Varner habían cruzado la línea divisoria con el condado inmediato, que habían comprado una licencia y contraído matrimonio; el mismo día, también según Ratliff, Frenchman's Bend se enteró de que tres jóvenes, tres de los antiguos pretendientes de Eula, habían abandonado el condado repentinamente y de noche, camino de Texas, se decía, o hacia el oeste; en cualquier caso lo bastante lejos hacia el oeste para estar más allá del sitio que tío Billy o Jody Varner habrían podido alcanzar si se hubieran propuesto perseguirlos. Luego, un mes más tarde, Flem y Eula salieron camino de Texas (esa meta de nuestra época, dijo tío Gavin, para los

que tienen las manos manchadas, para los insolventes o para los que aún conservan la esperanza), y volvieron al verano siguiente con una niña un poco más crecida de lo que cabría esperar al cabo de tan sólo tres meses...

—Y los caballos —dijo tío Gavin. Porque eso sí lo sabíamos, quizá debido a que Flem Snopes no había sido el primero en importarlos. Todos los años, más o menos, alguien regresaba al condado con una reata de caballos sin domar, procedentes de algún lugar del oeste, y los subastaba. Esta vez los caballos llegaron conducidos por un hombre que era evidentemente de Texas, al mismo tiempo que el señor y la señora Snopes regresaban a casa procedentes de ese Estado. Los animales de aquella reata, sin embargo, parecían ser desacostumbradamente salvajes, puesto que la dispersión resultante de caballos con manchas multicolores, sin domar y sin posibilidades de llegar a estarlo, no se limitó a Frenchman's Bend, sino que afectó también a toda la mitad este del condado. Pero incluso al final nadie afirmó taxativamente que Snopes fuese su propietario.

—No, no —dijo tío Gavin—. Tú no fuiste uno de aquellos tres que salió huyendo del olor de la escopeta de Will Varner. Y no me digas que Flem te cambió uno de esos caballos por la mitad del restaurante porque no me lo creeré. ¿Qué fue lo que pasó?

Ratliff siguió allí sentado con su rostro moreno, afeable, perfectamente afeitado y su pulcra camisa azul sin corbata, pero sin que sus ojos cordiales, inteligentes y astutos mirasen del todo a tío Gavin.

—Fue aquella casa vieja —dijo. Tío Gavin esperó—. La casa del Viejo Francés —tío Gavin siguió esperando—. El dinero enterrado —entonces tío Gavin entendió: En todo Mississippi, o incluso en todo el Sur, ni una sola de las antiguas plantaciones anteriores a la guerra civil carecía de su leyenda sobre el dinero y la vajilla de plata escondidos en el jardín para salvarlos de los ladrones yanquis. En este caso particular se trataba de la mansión en ruinas que en los viejos tiempos había dominado y dado su nombre a toda la zona conocida como Frenchman's Bend, ahora propiedad de los Varner—. Henry Armstid tuvo la culpa, por tratar de desquitarse con Flem del caballo que el tejano le vendió y que le



rompió la pierna. No —dijo Ratliff—; yo tuve tanta culpa como el que más. Y es que me empeñé en averiguar qué hacía Flem como propietario de aquella casa vieja que todo el mundo se daba cuenta de que no valía nada. No me refiero a por qué la compró Flem. Me refiero a por qué la aceptó cuando tío Billy se la dio a él y a Eula como regalo de boda. De manera que cuando Henry se aficionó a seguir y a vigilar a Flem y finalmente lo sorprendió aquella noche cavando en lo que había sido el jardín, calculo que no tuvo que hacer grandes esfuerzos para convencerme de que le acompañara al día siguiente y viera yo mismo cavar a Flem.

—De manera que cuando Flem dejó por fin de cavar y se marchó, Henry y tú salisteis de entre los matorrales y también cavasteis —dijo tío Gavin—. Y lo encontrasteis. Encontrasteis algo. Lo bastante. Exactamente lo justo para ir a cambiarle a Flem Snopes tu mitad del restaurante por la mitad de la casa del Viejo Francés casi antes de que amaneciera. ¿Cuánto tiempo seguisteis cavando Henry y tú antes de dejarlo?

—Yo lo dejé después de la segunda noche —dijo Ratliff—. Cuando se me ocurrió mirar el dinero.

—De acuerdo —dijo tío Gavin—. El dinero.

—Eran dólares de plata lo que habíamos encontrado. Algunos de ellos bastante antiguos. Uno de los de Henry llevaba casi treinta años acuñado.

—Una mina de oro amañada —dijo tío Gavin—. Una de las estafas más viejas del mundo, y tú picaste. No Henry Armstid: tú.

—Sí —dijo Ratliff—. Casi tan vieja como aquel pañuelo que dejó caer Eula Varner. Casi tan vieja como la escopeta del tío Billy Varner —eso fue lo que dijo entonces. Porque ya había pasado otro año cuando Ratliff paró a tío Gavin en la calle y le dijo—: Con el permiso del tribunal, abogado, quisiera presentar una objeción. Me gustaría cambiar el pasado a presente.

—¿Cambiar qué pasado a qué presente? —preguntó tío Gavin.

—El año pasado dije «Aquel pañuelo que dejó caer la señora Snopes». Quiero cambiar aquel «dejó caer» por «sigue dejando caer». Me consta que hay un tipo que todavía anda tras él.

grasa, o quizá una vez a la semana en la plaza, siempre sola; sin ir, hasta donde se nos alcanzaba, a ningún sitio: simplemente moviéndose, andando rodeada por aquella atmósfera de decoro y modestia y soledad diez veces más inmodesta y cien veces más turbadora que cualquiera de los trajes de baño que las jóvenes empezaban a ponerse hacia la década de 1920 más o menos, como si en el segundo inmediatamente anterior a que uno la mirase, su ropa hubiera logrado en una última, frenética y atropellada carrera, alcanzarla y cubrirla. Pero sólo por un momento porque en el instante siguiente, si uno la seguía el tiempo suficiente, la ropa se marchitaba a consecuencia de su simple y normal manera de andar, y la señora Snopes se desprendía de ella como se desprende la rueda de una constelación de los girones y de la pegajosidad de unas insignificantes nubes arrastradas por el viento.

Al alcalde, al comandante De Spain, lo conocíamos desde antes. Jefferson, Mississippi, todo el Sur en realidad, aún estaba lleno por entonces de hombres con el tratamiento de general, coronel o comandante porque sus padres o abuelos habían sido generales o coroneles o comandantes o quizá sencillamente soldados rasos en los ejércitos de la Confederación, o habían contribuido económicamente a las campañas electorales de gobernadores triunfantes. Pero el padre del comandante De Spain había sido de verdad comandante de la caballería confederada, y De Spain en persona un alumno de West Point que marchó a Cuba como alférez con mando de tropa y regresó a casa con una herida: una larga cicatriz que desde el pelo le cruzaba la oreja y llegaba hasta la mandíbula, y que podía haber sido producida por el sable o la baqueta con que lógicamente, suponíamos, algún español en orden de batalla le había golpeado, o por el hacha utilizada por un sargento durante una partida de dados, según lo que la táctica política impulsó a sus contrincantes a afirmar durante la campaña electoral para la alcaldía.

Porque aún no llevaba mucho tiempo en casa ni hacía mucho tiempo que se había quitado el uniforme azul del ejército yanqui cuando comprendimos que Jefferson y él se llevaban irremediablemente mal, que uno de los dos tendría que ceder, y que no sería él quien cediera: De Spain no abandonaría Jefferson ni trataría de cambiar para acomodarse

Porque, al cabo de seis meses, Snopes, además de eliminar al socio del restaurante lo había abandonado él mismo, reemplazado detrás del grasiento mostrador y también dentro de la tienda de campaña por otro Snopes añadido desde Frenchman's Bend al vacío dejado por el ascenso del primero, gracias a la misma especie de ósmosis con la que, según Ratliff, habían ocupado Frenchman's Bend sin romper la cadena, con cada Snopes ya presente subiendo un escalón y dejando el hueco vacío al principio de la escalera para el siguiente Snopes que apareciera de la nada y lo llenase, lo que sin duda ya habría hecho, aunque Ratliff no hubiera tenido aún tiempo de ir allí a comprobarlo.

Y ahora Flem vivía con su mujer en una casita alquilada en una calle a trasmano casi en las afueras, y era superintendente de la central que suministraba el agua a la ciudad y producía la energía eléctrica. Nuestra indignación fue sobre todo sorpresa; no porque Flem consiguiera el empleo (no habíamos llegado aún tan lejos) sino por no haber sabido hasta entonces que existiera el puesto; que hubiera en Jefferson el cargo de superintendente de la central eléctrica. Porque la central —las calderas y las máquinas que hacían funcionar la bomba y la dinamo— estaba a cargo del antiguo maquinista de una serrería llamado Harker, y de las dinamos y del tendido eléctrico de toda la ciudad se ocupaba un electricista contratado por el municipio, situación que había sido completamente satisfactoria desde que el agua corriente y la electricidad se incorporaron a la vida de Jefferson. Pero de repente, y sin aviso previo, necesitábamos un superintendente. Y de manera tan repentina y simultánea, y con la misma falta de aviso previo, un campesino que aún no llevaba dos años viviendo en la ciudad y que (suponíamos) probablemente no había visto la luz eléctrica en su vida hasta aquella primera noche dos años antes cuando entró en Jefferson con su carreta, era quien ocupaba ese cargo.

Aquella fue la única sorpresa. No que el campesino fuese Flem Snopes. Porque para entonces todos habíamos visto ya a la señora Snopes: las pocas veces que la veíamos, y que solía ser detrás del mostrador del restaurante con otro grasiento delantal, friendo hamburguesas, huevos y jamón y filetes como suelas en la parrilla de queroseno incrustada de



a Jefferson, sino que, por el contrario, se esforzaría por dominarla hasta que la ciudad se plegara a él, algo que los jóvenes vivían con la esperanza de que lograra antes o después.